

## La renovación de la literatura de frontera en *Calafate*, de Enrique Valdés

Raquel Arias Careaga<sup>1</sup>

**Resumen:** La literatura de frontera es un género interrelacionado con las circunstancias históricas que se producen en Chile y Argentina tras la independencia. ¿Tiene sentido hablar de este tipo de literatura en pleno siglo XXI? Y si es así, ¿qué fronteras son las que hoy justifican la necesidad de seguir luchando contra ellas? La obra del escritor chileno Enrique Valdés propone una alternativa a la postura característica de la literatura de frontera clásica frente al indígena, abogando por mantener el carácter fronterizo de la Patagonia, preservando así un rincón de libertad frente a la explotación.

**Palabras clave:** literatura de frontera; Patagonia; pueblos indígenas; explotación.

**Abstract:** The frontier literature is a text genre about the historic circumstances in Chile and Argentina after Independence. Can we talk about this kind of literature in the 21<sup>st</sup> XXI century? And then, what are the new frontiers to fight with? The Chilean writer Enrique Valdés and his books offer a new point of view about frontier literature. He defends Patagonia as a frontier where it's still possible to find some freedom in the middle of exploitation.

**Keywords:** frontier literature; Patagonia; native people; exploitation.

Toda frontera es un horizonte, y todo  
horizonte presupone una perspectiva  
Abril Trigo

---

1 Profesora en el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid. Dirección de contacto: [raquel.arias@uam.es](mailto:raquel.arias@uam.es). Este trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación Cultura y fronteras: la literatura y sus aportaciones a la configuración imaginaria de la Araucanía y la Patagonia (FFI2008-05029 Ministerio de Ciencia e Innovación), a cargo del investigador principal Teodosio Fernández.

---

La llamada literatura de frontera es un subgénero fundamental en la segunda mitad del siglo XIX, en especial en Argentina y Chile. Se trata de un conjunto de textos cuya función principal es dar cobertura ideológica a una serie de decisiones políticas y militares encaminadas a unificar el territorio tras la independencia. Ejemplos varios de esta literatura los podemos encontrar en el estudio y antología de David Viñas (1982) o en la investigación de Álvaro Fernández Bravo (1999); ya Luis Durand (1933) había aportado varios nombres de compatriotas chilenos que podían incluirse en este grupo. Tanto en Argentina como en Chile, en su calidad de nuevos Estados Nacionales, el objetivo es empujar hacia el sur unas fronteras mal dibujadas, inestables, que dejan al otro lado terrenos inexplorados y gentes desconocidas. O quizá no tanto, porque los contactos con los grupos indígenas en Argentina y en Chile permiten hablar de una verdadera relación fronteriza, relación comercial, humana y una amplia gama de pactos que en ambos casos fueron constantes.

Una vez lograda la supuesta desaparición de la conocida como frontera interior, allá por los años 80 del siglo XIX, al más puro estilo bélico, se mantuvo el problema de la delimitación entre las dos nuevas repúblicas. Pero esto no fue el tema principal de aquellos textos que se pueden englobar bajo el rótulo de literatura de frontera, porque dicha literatura se ocupaba especialmente de la frontera que se establecía entre la civilización y la barbarie, y, prácticamente sin excepciones, se tomaba partido por la primera, que no era otra cosa que la cultura a la que pertenecían los autores.

En este contexto, pensar hoy en la existencia de una literatura de frontera parece un anacronismo. Hasta la mitad del siglo XX, existen novelas que se dedican con detalle a narrar ese mundo fronterizo, como es el caso de un autor como Luis Durand y su novela titulada *Frontera*, escrita a finales de la década de los 40. El análisis que allí se plantea se apoya en la decadencia y desestructuración de las sociedades indígenas a partir de su propia idiosincrasia:

La sed del indio no se podía aplacar sino con torrentes de aguardiente, de vino y de cerveza. Los fieros hijos de Arauco, que habían cruzado todo el Valle Central corriendo con los pies desnudos, cubierto el cuerpo con una piel de huanaco y con la lanza en la mano para derrotar a los capitanes españoles primero, y a los chilenos después, eran ahora vencidos para siempre por el alcohol (DURAND, 1951: 59).

Algunos ejemplos actuales no pasan de ser novelas históricas ambientadas en un pasado más o menos idealizado en las que se recrea el enfrentamiento entre indígenas y españoles, como es el caso de la novela póstuma de Isidora

Aguirre, *Guerreros del Sur*, publicada en 2011<sup>2</sup>. En este trabajo se intenta demostrar, sin embargo, que existe una revitalización del género y una actualización de los problemas que plantea el concepto de frontera en un mundo cada vez más globalizado. En palabras de la poeta Graciela Cros:

la Patagonia connotada fuertemente con la idea de Utopía, de no-lugar, de ausencia, opera en el imaginario global como tal, y hasta como 'quimera', cuando para nosotros es la experiencia de la periferia, el margen, la frontera, el desierto extendiéndose mucho más allá (GARCÍA, 2006: 13).

El escritor chileno Enrique Valdés es, en ese sentido, un ejemplo fundamental para repensar la literatura de frontera en su versión más actual. Nos proponemos analizar el acercamiento que desde su literatura se hace al conflicto de los límites y su origen histórico, y mantener que la literatura de frontera sigue siendo un término productivo en pleno siglo XXI.

### Primeras fronteras

En el caso chileno, la frontera era por antonomasia la que había quedado establecida por culpa de unos indios que a los españoles les habían resultado excesivamente celosos de sus territorios e independencia. La conquista del territorio chileno es un proceso largo y en buena medida inacabado para los conquistadores españoles que se acercan a uno de los territorios más desconocidos y alejados de la Metrópoli. Una historia que había comenzado en 1536 con la expedición del capitán Gómez de Alvarado, el primero que penetra en la zona. La existencia de un texto esencial como es el poema de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ha dotado de una mitología especial a dicho proceso y ha sentado las bases de análisis y perspectivas muy posteriores. Es de sobra

---

2 Mención aparte merecen textos poéticos que pueden englobarse bajo este título y que quedan fuera de este estudio. Algunos ejemplos son las obras de Bernardo Colipán y Jorge Velázquez (compiladores y editores). *Zonas de Emergencia. Poesía - Crítica*. Valdivia, Paginadura Ediciones, 1994; o la de Sergio Mansilla. *Buque de arte. Poesía reunida 1975-2005*. Valdivia, Ediciones Aumen Digital, 2010; Clemente Riedemann, *Gente en la carretera*. Valdivia, El Kultrún, 2006; de igual forma se pueden considerar los textos de Ariel Williams. *Los fronterantes*, Buenos Aires, El Suri Porfiado Ediciones, 2008, o de Liliana Ancalao. *Mujeres a la intemperie*, Buenos Aires, El Suri Porfiado Ediciones, 2009. Dentro también del universo poético es imprescindible consultar aquí el artículo de Ostría González (2004: 149) y sus referencias a los poetas de origen mapuche cuestionando la imagen construida de ellos desde el "otro" lado.

conocida la utilización que Andrés Bello lleva a cabo del texto de Ercilla para apoyar las luchas de independencia frente a España: “La *Araucana*, la *Eneida* de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico” (BELLO, 1981: 360). La idealizada visión de la nacionalidad chilena y sus orígenes planteada por estas palabras del gran erudito venezolano nacionalizado chileno en 1832 no será una opinión aislada, ni mucho menos. Un solo ejemplo que puede sintetizar el sentimiento provocado por el texto de Ercilla podrían ser estas palabras de Joaquín Blest Gana: “La *Araucana* no es solo para nosotros un modelo del arte; es el árbol genealógico del orgullo chileno” (BLEST GANA, 1969: 72). Es lo que FERNÁNDEZ BRAVO (1999: 13) denomina la “chilenidad” de *La Araucana*.

Resulta llamativo que el territorio ocupado por los indios araucanos, que con tanto ahínco se enfrentaron a los españoles, fuera considerado por estos como una auténtica frontera que, tras diversos intentos de conquista, queda establecida como tal y de la que los propios araucanos son en parte artífices: “En cierta medida, el mundo indígena acorraló al europeo, obligándolo [a] buscar una alianza que se tradujo en la convivencia pacífica que predomina desde mediados del siglo XVII” (PINTO RODRÍGUEZ, 2003: 30). El primer contacto entre los dos bandos enemigos para establecer unas ciertas normas de convivencia en el territorio es un claro ejemplo de dominación por parte de los españoles, que exigen a las parcialidades de Arauco y Tucapel la rendición de las armas y la aceptación de normas coercitivas para sentar las bases del sometimiento a los españoles. La reunión se celebró en Paicaví en 1605. Pero la evolución de la guerra permitiría que estas relaciones se distendieran un tanto.

Desde 1662 a 1882 se producen verdaderas relaciones fronterizas, es decir, tratos comerciales, intercambios culturales, mestizaje. Los enfrentamientos armados son poco frecuentes, como explica Sergio Villalobos (1995: 36) y todo ello apoyado en una actitud de la corona española hacia estos territorios de respeto, confirmado por la firma de tratados, los denominados parlamentos, que establecen unas relaciones de igualdad con el pueblo mapuche. El primero de ellos, el parlamento de Quillín, de 1641, sienta las bases de una relación que permita lograr un estado de convivencia, “una de cuyas condiciones básicas era reconocer la libertad de los indígenas e impedir la entrada de tropas en su territorio” (VILLALOBOS, 1995: 59-60; 188-190).

El impulso que se da desde el poder a la cristianización de los territorios en 1697 es un factor que facilita un estado de paz en la zona: “De acuerdo con las instrucciones de la corona, debían admitirse los usos y costumbres de los araucanos, respetar sus posesiones y no agraviarlos ni exigirles trabajo ni tributo” (VILLALOBOS, 1995: 156). A lo largo del todo el siglo XVIII se celebran trece parlamentos que confirman un estado de normalidad fronteriza. Sin embargo,

es cierto que pocas veces se cumplían las estipulaciones en ellos presentados y su recepción por parte de la población hispana no era demasiado favorable, ya que se veía en esas reuniones “lo desdorado que significaba tratar con unos indios arrogantes y la inutilidad de los acuerdos porque eran siempre quebrantados por unos y por otros” (VILLALOBOS, 1995: 195). Pero el simple hecho de que se celebrasen, de la organización que conllevaba, la solemnidad de la ceremonia en la que participaban los más altos representantes de la autoridad, como narra este mismo historiador, implica la aceptación de una convivencia, el reconocimiento de unas relaciones de pueblo a pueblo, casi podríamos decir, de Estado a Estado. Pinto Rodríguez (2003: 62), por su parte, opina que “el parlamento como mecanismo de entendimiento y distribución del poder funcionaba perfectamente. Las promesas de paz y amistad que se sellaban en ellos aseguraban la tranquilidad. Eran, sin duda, ceremonias rituales que mantenían el equilibrio en la Frontera”.

### Últimas fronteras

Es bien conocido el final de este inestable equilibrio. La configuración de la moderna república chilena a partir de 1810 no permite la aceptación ni el respeto de viejos acuerdos firmados por el otrora ocupante del territorio. Al igual que sucede en el caso argentino, la frontera no puede ser respetada si se quiere homogeneizar el territorio, y los indígenas serán vistos como un obstáculo que resulta imprescindible superar, a pesar de que se recurra a ellos a la hora de configurar una identidad nacional, como estas afirmaciones de José de Lastarria (apud Fernández Bravo, 1999: 115):

Hemos de establecer como elementos influyentes en él [nuestro carácter nacional], tanto las costumbres, y con ellas las leyes y preocupaciones de los conquistadores, cuanto las del pueblo indígena, en la inteligencia de que la mayoría de nuestra Nación se compone de la casta mixta que deriva su existencia de la unión de aquellas dos fuentes originarias.

Es interesante contrastar las palabras del erudito chileno con las de su compañero argentino Domingo Faustino Sarmiento:

Como si estos hombres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana, y como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo y una Nación extraña a Chile y su capital e implacable enemigo, a quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles (SARMIENTO, 1948: 217).

---

La historia de la resistencia mapuche está lejos de tratarse de una situación superada perteneciente a los mitos fundacionales de Chile. Muy al contrario, el tratamiento que de la cuestión hicieron los sucesivos gobiernos, democráticos o no, permite mantener viva la reclamación sobre sus antiguos territorios. La intervención de los intereses de compañías extranjeras ha añadido nuevas facetas al conflicto y está en la base de unas protestas que incluyen a grupos de población no indígena en la defensa de la integridad de un territorio amenazado como es la Patagonia chilena. En este sentido, no está de más recordar que el 26 de septiembre de 1972 es promulgada por el gobierno de Salvador Allende la Ley nº 17.729 con la intención de “disponer la restitución de los terrenos usurpados a las comunidades indígenas y adquirir nuevas tierras con el fin de asignarlas a los indígenas” (VIVES, 2004: 119). El golpe de Estado del año siguiente puso fin a este proceso, como a tantos otros, y una nueva ley de 1978 del gobierno militar devuelve las tierras expropiadas por Allende a los empresarios agrícolas. Estos, sin embargo, en lugar de explotarlo, las vendieron a grandes consorcios forestales, lo que les permitía obtener con ellas un dinero rápido y sin esfuerzo. Tanto en Chile como en Argentina, las comunidades mapuches luchan en la actualidad por recuperar la propiedad de unas tierras que consideran propias. En el caso chileno, se trataría además de un conflicto que tendría que derogar leyes establecidas por la dictadura de Pinochet frente a las del gobierno democrático de Allende. Los sucesivos gobiernos democráticos no han sido capaces de enfrentarse a este problema, como denunciaba José Saramago ante la recién nombrada presidenta Michelle Bachelet:

Y si me permite, ahora, es una intromisión en los asuntos, en fin, del Estado, del Estado chileno. Hágame el favor de mirar a los mapuches. Hágame el favor. Expoliados de casi todo su territorio histórico, perseguidos todos los días por la policía. Son chilenos, son chilenos, y curiosamente, chilenos más antiguos que todos los otros chilenos. Ellos eran los dueños de la tierra y ahora, las multinacionales les saquean, los han reducido casi a parias (SARAMAGO, 2006. Transcripción del discurso).

Uno de los problemas básicos es la falta de reconocimiento de los derechos indígenas en la constitución chilena, cosa que sí ocurre, por ejemplo, en Ecuador, dejando a las comunidades mapuches o de otras etnias en una indefensión jurídica (MORALES URRRA, 2010: 11). Como afirma Ostria González (2004: 151):

El mapuche, héroe, bárbaro o víctima, sigue siendo un personaje desconocido, excluido, el otro silenciado que no queremos, o no sabemos descubrir, por-

que el derecho a la diferencia, la estimación de la pluralidad cultural como un bien social constituye todavía una deuda pendiente, claro, no sólo en el plano meramente literario, sino en el más amplio de la cultura chilena.

Pero detrás de los araucanos, mucho más al sur, existían otros pueblos y otros territorios desconocidos y que se mantuvieron así durante mucho más tiempo del que parece razonable cuando se habla de configurar una identidad nacional. Territorios donde se dieron cita grupos humanos de muy diversos orígenes pero marcados todos ellos por la marginación (PINTO RODRÍGUEZ, 1985). Esta situación apoya la idea de que “la historia de Latinoamérica ha sido en gran medida una historia fronteriza, y sigue siéndolo en muchos lugares” (VILLALOBOS, 1995: 11). De hecho, la imprecisión de algunas de dichas fronteras en el sur ha enfrentado a Chile y Argentina desde la independencia, e incluso mantiene abierto hoy en día el problema: “Queda por demarcar un tramo de la zona de los hielos continentales hasta tanto esté perfectamente determinada la divisoria de aguas en esa porción de la cordillera austral” (BANDIERI, 2005: 323). Esto permite la subsistencia o, sería mejor decir, la regeneración de una literatura de frontera que se acerca a lo que podríamos llamar literatura testimonial y, por qué no, histórica, pero en una perspectiva que imbrica la Historia con el presente como pedía Lukács (1966: 425):

La novela histórica de los humanistas de nuestro tiempo mantiene un vínculo ineludible con los grandes problemas de actualidad de nuestros días. Esta novela histórica, a diferencia de lo que sucede con la de tipo flaubertiano, está dispuesta a plasmar la *prehistoria del presente*.

La frontera sigue siendo una realidad; una realidad que ha cambiado de aspecto, que ya no cuenta con la existencia de *un otro* claramente separado para definirse, pero que mantiene la conciencia de una situación peculiar que diferencia el territorio del resto del país. En ese sentido resulta muy productivo el término *frontería* propuesto por Trigo (1997: 80), descrito como “un permanente desplazamiento, la inscripción de senderos, múltiples y cambiantes, por sobre la prescripción del territorio nacional; una encrucijada marginal”. Y esto sigue siendo válido para los dos países que más tiempo emplearon en empujar esas fronteras hasta lograr una conquista total de su territorio, es decir, Chile y Argentina.

En el caso chileno, la zona de la Patagonia, el sur del sur, resulta un territorio desconocido para los propios chilenos, incapaces de imaginarlo, según opina el historiador francés Philippe Grenier (2006: 58). La tardía incorporación de esta zona a la configuración de la nación, su escaso poblamiento, las

---

dificultades climáticas y de comunicación, dan un cierto carácter virgen a unas tierras cada vez más amenazadas por la codicia de las multinacionales. Pero también han logrado su incorporación a la literatura a través de autores como Enrique Valdés, quien en 2006 publica una novela fundamental por su contribución al conocimiento de esta zona que sigue siendo fronteriza.

### Un escritor en un mundo fronterizo

Enrique Valdés Gajardo es un escritor originario de Aysén y a su región natal ha dedicado gran parte de su producción literaria. Nacido en 1943 en Río Baker, fue violonchelista de la Orquesta Sinfónica de Chile y profesor de literatura y música de cámara en la Universidad de Los Lagos en Osorno. Su labor como escritor, tanto de poesía como de narrativa, ha dejado una producción de varios libros publicados entre 1968 y 2006, así como artículos y ensayos. Esta obra ha conseguido diversas distinciones, como el galardón obtenido por la novela *Trapananda*, que fue Premio Municipal de Literatura y Premio de la Academia Chilena de la Lengua en 1983; el Premio Gabriela Mistral, conseguido por *Ventana al sur*, novela de 1975, o el Premio Nacional de la Crítica en 2002 por su novela *Solo de orquesta*.

Sus libros de poesía, *Permanencias* (1968), *Avisos luminosos* (1986) o *Materia en tránsito* (1998), ofrecen unos textos cargados de nostalgia por la tierra perdida, identificada claramente con la infancia; una intrínseca relación entre poesía y música; una melancolía por un pasado robado por las circunstancias políticas y por el devenir vital; la ausencia de uno mismo en un paisaje al que ya no se puede regresar.

Muchos de estos aspectos es fácil rastrearlos también en su obra narrativa. *Ventana al sur* (1975) es una novela que con una técnica fragmentaria retrata la vida de un conjunto de personajes en la región de Aysén, con una marcada presencia de recuerdos autobiográficos. En sucesivos cuadros narrativos va dando cuenta de unas vidas a las que la soledad y la dureza del paisaje y el clima no han conseguido doblegar. Entre sus obras narrativas, quizá la más conocida y valorada sea *Trapananda*, de 1986, que ya desde el título se instala en la región del sur chileno que le vio nacer. A través de tres historias simultáneas, en una técnica que recuerda mucho la novela anterior, relata la historia de unos personajes que desde diversos orígenes tanto geográficos como vitales se dan cita en la región de Aysén. Las pasiones de este grupo de personajes tienen una correspondencia casi romántica con el paisaje que les rodea y que explica en buena medida sus reacciones.

Enrique Valdés es autor también de un libro de cuentos titulado *Agua de nadie* (1996) y de la novela que centra la atención del presente estudio, *Calafate*, publicada en 2006, cuatro años antes de morir el autor. La elección de este

texto está en relación no solo con los temas que caracterizan su obra como hemos visto, es decir, la elección de un escenario siempre vinculado con el sur chileno, sino también porque en esta novela Valdés hace un repaso de los orígenes y principales conflictos históricos que conforman la identidad de una de las zonas más apartadas, en todos los sentidos, del territorio chileno. La naturaleza fronteriza de este territorio es otra de las claves de *Calafate*, una frontera con un mundo todavía virgen, pero también con una sociedad que, volcada hacia intereses en muchas ocasiones espurios, la desconoce y mantiene marginada de la construcción nacional.

Todos estos elementos hacen de esta narración un texto que sin duda es posible emparentar con lo que podríamos considerar novela histórica, pero no de una forma directa o no problematizada<sup>3</sup>. Son constantes las referencias geográficas que sitúan la acción, una acción dividida, fragmentada en los diferentes prismas que dan cuenta de una realidad que tampoco es una ni tiene un solo punto de vista desde el que ser analizada. Sin embargo, a medida que avanza el texto, poco a poco los distintos hilos de la trama se van anudando hasta construir un todo, una historia completa y total cuya principal conclusión es la marginación frente a la historia oficial, frente a una historia nacional a la que los personajes de *Calafate* ni pertenecen ni quieren pertenecer finalmente. Estos aspectos acercan la novela a un tratamiento del discurso histórico que tiene más que ver con la *microhistoria*, término que Ute Seydel (2007: 178) aplica a los textos caracterizados por centrarse en “una unidad social actuante”, cuyas relaciones son “concretas y únicas” y situadas en la “pequeña región nativa”. En relación con el tema de la frontera este es uno de los aspectos más importantes de la novela de Valdés, la reivindicación de ese espacio fronterizo como tal, sin renunciar a su naturaleza híbrida, inestable, ajena a formulaciones estatales u

---

3 La novela de Valdés es en sí misma un sugerente reto al encasillamiento como novela histórica o nueva novela histórica, en los términos que plantea Seymour Menton (1993). Participando de muchos de los rasgos que define Menton, el planteamiento de *Calafate* tiene más que ver con lo testimonial y con la denuncia, pero siempre desde los sucesos históricos documentados. En este sentido se aleja de los postulados borgianos de “la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad” (MENTON, 1993: 42), y el carácter cíclico de la historia, también de Borges, sólo se acepta en la capacidad de resistencia del indígena por sobrevivir; tampoco se da en *Calafate* una “distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos” (MENTON, 1993: 43), ni estamos ante personalidades históricas destacadas más o menos desfiguradas en el juego novelesco. *Calafate* se acerca más al concepto de *intrahistoria* de Miguel de Unamuno o al de *microhistoria*. Es, sin embargo, un rasgo dominante de su construcción como novela el uso polifónico de la intertextualidad, o en palabras de Bajtín, la heteroglosia, “o sea la multiplicidad de discursos, es decir, el uso consciente de distintos niveles o tipos de lenguaje” (MENTON, 1993: 45).

---

oficiales que parten desde despachos que desconocen la realidad y los problemas del lugar. *Calafate* es un ejemplo de la apropiación

del pasado para rescatar las historias de las minorías, para replantear la constitución de la identidad nacional y para desmontar los discursos de la historiografía que se han puesto al servicio de la legitimación del Estado nacional y han funcionado, por lo tanto, como instrumento de los grupos de poder (SEYDEL, 2007: 133).

Para construir este mensaje el autor se sirve en primer lugar de la fragmentación como técnica principal. A lo largo de veinte capítulos se va componiendo una estructura definida que, en un primer momento, no es percibida con claridad por el lector, pero que obedece a un patrón lógico que es mantenido a lo largo de la historia narrada. El principal elemento diferenciador es que algunos de esos capítulos incluyen secciones que aparecen en cursiva alternándose con el resto de la narración. Esta marca tipográfica obliga al lector a detenerse ante unos contenidos en apariencia completamente ajenos a lo que se narra en los textos que no aparecen en itálica. El tono de la voz narrativa es también diferente y en muchas ocasiones nos encontramos ante reproducciones y citas tomadas de diferentes fuentes, como se indica al final de estos fragmentos. Un ejemplo, el primero con que nos encontramos en la novela, es el que está tomado de un libro de Álvaro Barros titulado, como se indica, *Aborígenes australes de Chile*, incluyendo la referencia de la página de la que ha sido tomada la cita.

La ruptura con la unidad textual es absoluta, se introduce una perspectiva distinta, una autoría también distinta y un contenido alejado de la narración principal. Pero el propósito es claro y su relación con el mensaje de la novela es de una coherencia asombrosa. El territorio fronterizo es por antonomasia un territorio de encuentros, de choques, de mezclas de elementos heterogéneos, exactamente igual que hace la novela al unir discursos diferentes y eliminar por tanto la autoridad de un narrador único. La historia de la frontera no la escribe un solo texto, de la misma forma que no la puede hacer un solo pueblo, ya que la naturaleza de la frontera es esencialmente doble, es la línea en que se unen y separan dos concepciones del mundo, dos culturas, dos destinos, y finalmente la destrucción de uno de ellos para que prevalezca el otro. La esperanza está en la eliminación de la frontera, pero no de lo que Trigo (1997: 81) denomina *frontería*:

La frontera define territorios, la frontería dibuja paisajes; la frontera fija identidades, la frontería abre relaciones; la frontera delimita espacios, la frontería

articula lugares. La frontera tiene estatuto jurídico, militar, penal, la frontera habilita prácticas; la frontera legisla la razón de Estado, la frontera es indiferente a la Nación; la frontera es marca de la Historia, la frontera habilita memorias fragmentarias.

Esta es la forma que Valdés ha dado a su novela para dar cuenta de una realidad compleja y múltiple, una realidad en que se dan cita los antiguos pobladores originales del territorio poco a poco desbancados, reducidos, destruidos, por una poderosa maquinaria que quiere absorberlos sin conseguirlo del todo. Pero el comienzo no es ni mucho menos cronológico, jugando el autor también con el tiempo, saltando de un momento histórico a otro, ayudado por esas citas antes mencionadas y por un personaje que solo al final podremos identificar.

*Calafate*<sup>4</sup> abre su narración con una primera persona, un anciano de casi cien años, que está relatando su historia a uno de los personajes identificado con el nombre de Juan Segundo Vidal. Pero ese relato es algo más que sus experiencias personales, porque desde el principio lo que se está narrando es la historia de la cesión de las tierras del sur a las compañías extranjeras. El comienzo es directo y claro y sitúa el texto en un nivel de denuncia que no decae a todo lo largo de su discurso. Una denuncia que abarcará el abandono de un territorio considerado siempre una frontera con la nada, los conflictos constantes por los límites con el vecino argentino y el genocidio sufrido por los pobladores originales del lugar.

Es claro entonces que estamos ante una novela histórica, pero en ningún caso ante una novela tradicional en cuanto a su estilo. En este sentido, *Calafate* cumple con uno de los requisitos establecidos por Georg Lukács (1966: 419) para la novela histórica moderna: evitar que los protagonistas sean los grandes héroes de la Historia, sino aquellos que encarnan las fuerzas conflictivas del momento histórico. En esto Valdés es absolutamente riguroso, dejando al margen de su historia los nombres de unos políticos o presidentes que no están inmersos en la realidad del proceso. De esta manera consigue mostrarnos el conflicto desde los ojos de sus víctimas más directas, dando voz a unos

---

<sup>4</sup> El título se refiere a la planta del mismo nombre, cuya denominación científica es *Berberis buxifolia*, muy común en el territorio y de la que cuenta la leyenda que una muchacha indígena así llamada fue convertida en dicha planta, cuyas flores tendrían el mismo color que sus ojos. Quien come su fruto (el corazón de la joven) se ve obligado a regresar al lugar. Esta será una de las líneas argumentales que mueven a los diversos personajes que se dan cita en el texto. La planta se utilizó para calafatear los primeros barcos que llegaron a la Patagonia, de donde proviene su denominación.

---

personajes ellos mismos fronterizos en la Historia del país. Esta actitud es una muestra de respeto por los verdaderos protagonistas y una reivindicación de lo que Beverley (2004) llamaría la voz de los subalternos.

El primer conflicto que se plantea en el texto es laboral. Gentes sin trabajo son tentadas para conseguir un puesto a condición de que estén dispuestas a trasladarse a la Trapananda, nombre con que se conoce la región en que se sitúa Aysén y denominación mítica en sí misma:

También hay aquel nombre de Trapananda, tan antiguo que se ha escrito bajo diez formas diferentes – Trapanande, Tiapadanda, Saltrapananda...–, y tan secreto que nunca se supo exactamente lo que designaba: unas tierras y mares hacia el sur, más allá de lo conocido, entre Chiloé y Magallanes; un nombre de cuento de hadas. Los hay quienes se esfuerzan, hoy día, por darle vida otra vez, porque sueñan con la Patagonia de antaño. Pero “la Patagonia de antaño” no es más para nosotros, ahora, que *la Patagonia de antes de las transnacionales* (GRENIER, 2006: 53).

Pero Trapananda es también Trapalanda, uno de los nombres que recibe la Ciudad de los Césares, “esplendorosa ciudad llena de tesoros” (BANDIERI, 2005: 53). Los mitos se funden con los mitos en esta novela, las creencias de unos y otros se superponen para dar cuenta de un mundo complejo, tan complejo como el estilo elegido para dar cuenta de él. Podemos establecer en la novela dos grandes guías narrativas que acaban confluyendo. La primera, situada en 1920, narra la huelga de los trabajadores de las estancias de Santa Cruz, en Argentina, y la masacre llevada a cabo por el Ejército para acabar con ella: “En diciembre de 1921, la mitad de la población masculina de Santa Cruz pereció en la represión de las huelgas” (GRENIER, 2006: 65). A esta primera línea argumental pertenecen los personajes que abren la historia, un grupo de chilenos que se ven obligados a emigrar al país vecino para intentar sobrevivir ante las dificultades insuperables en que se encuentran; robos, saqueos, etc. Se verán involucrados en toda esta conflictividad laboral y su única salida será escapar hacia territorios aún no explotados, es decir, hacia nuevas fronteras que los alejen de la organización social dependiente de uno u otro Estado. Ellos también están buscando de alguna forma su propia Trapalanda, pero el tesoro en este caso es la ausencia de leyes incomprensibles adoptadas contra el interés de los pobladores de las tierras australes.

La segunda línea argumental que aparece casi de inmediato en el texto, ya en el capítulo segundo, es la dedicada a narrar la historia de los indígenas, pero no los araucanos, sino estos otros grupos que se encontraban mucho más al sur, desde Chiloé hasta el final del continente: chonos, kawéskar o alacalufes,

como son denominados en la novela, caucahues, entre los que más peso tienen en la narración. Su historia aparece entrelazada con la de los jesuitas enviados a esas zonas en nombre de una misión evangelizadora, que contribuyó a la destrucción de las culturas nativas:

Si los huilliches de Chiloé lograron mantenerse mediante un mestizaje más o menos importante, los indígenas de los canales y de las estepas, por el contrario, fueron radicalmente eliminados, consecuencia de las actuaciones tanto de los ganaderos como de los misioneros —aunque fueron involuntarias en el caso de los últimos: bien se conocen las modalidades de aquel etnocidio. Pese a ello, los indios, desde los huilliches aún vivos que resisten como pueden a la occidentalización, hasta los yaganes de los canales de Tierra del Fuego, son los que hicieron el inventario de la mayoría de los lugares patagónicos y que les pusieron nombre: sus lenguas aun sobreviven en todos esos topónimos (GRENIER, 2005: 67).

La postura de Valdés es que los jesuitas no fueron capaces de comprender que la relación con la cultura occidental acabaría destruyendo estas comunidades, obsesionados como estaban con la expansión de la religión cristiana. Las palabras que Pinto Rodríguez (2003: 165) dedica al caso mapuche son válidas también para esta novela como ejemplo de la exclusión a que fue sometida la cultura nativa: “El misionero y la Iglesia defendieron al mapuche, se condolieron de su condición, pero se empeñaron en acosar su cultura, convencidos que era el único camino por el cual el indígena podría crecer humanamente”. Los indios recluidos en esas misiones, o mejor reducciones, sí parecen comprenderlo rápidamente en la novela, planteándose la libertad y la huida como único camino para recuperar la dignidad humana. Esta será una constante de estos personajes, que ocupan un lugar central en la perspectiva desde la que se narra la historia de *Calafate*. La visión subordinada de un pueblo condenado al exterminio se carga aquí de una calidad humana de la que carecen los personajes blancos, ya sean los primeros conquistadores españoles, ya los europeos llegados después. Nos encontramos entonces ante una reivindicación de los pueblos originarios de la zona patagónica. Esta segunda línea argumental ocupa un marco cronológico mucho más amplio que la primera, ya que la misión de Cailín, donde viven los protagonistas indígenas de *Calafate*, fue fundada en 1764.

La técnica que utiliza Valdés es presentar primero la narración ficcionalizada de los hechos para introducir después uno de esos fragmentos en cursiva en los que un narrador diferente se apoya en documentos para narrar lo mismo desde una perspectiva autorizada y científica. Un ejemplo es la escena de la ballena varada que convoca a varios grupos indígenas. Utilizando un fragmento de la obra de Joseph Empeaire, *Los nómadas del mar* (VALDÉS, 2006:

---

44), la novela justifica una escena narrada antes. De esta forma se va configurando un texto muy documentado, donde todo lo que se nos narra es histórico y por tanto tiene un valor testimonial muy concreto.

Algo muy similar sucede con las referencias a personajes reales, presentes de forma lateral en la narración, pero imprescindibles si se quiere dar con las causas de la situación en que se encuentra la Patagonia. Por el texto de Valdés se mueven científicos como Darwin, aventureros como Felipe Westhoff, militares como el comandante Gebbard, o anarquistas españoles como Antonio Soto Canalejo, sin olvidar a los Braun-Menéndez, cuya historia de alianzas matrimoniales da origen a una de las concentraciones de tierras más impresionantes de la Patagonia: “En el año 1931, según sus propias declaraciones, [Mauricio Braun] había llegado a reunir como propias más de 1.600.000 ha, ocupando de hecho otras 490.000 ha.” (BANDIERI, 2005: 254). Estos y otros personajes históricos conforman un entramado, pero no son en ningún momento los protagonistas del relato. Sin embargo, Enrique Valdés sabrá construir perfectamente la relación entre realidad y ficción. Un ejemplo es la presencia en el texto de Juan Yates, ayudante de Darwin en la expedición del *Beagle*, y que en la novela es uno de los hijos de la pareja indígena protagonista de lo que hemos denominado la segunda línea argumental: “Uno de los últimos hijos de Katwol y Alén fue bautizado en la fe de Cristo con el nombre de su abuelo: Se llamaría Juan Yuras, pero los mismos compañeros lo convirtieron en Juan Yates para evitar confusiones” (VALDÉS, 2006: 96). El muchacho es contratado como práctico en la navegación por los canales al servicio del capitán Roberto Fitz Roy, y añade más adelante que “el nombre de Juan Yates recorrió las universidades de Inglaterra y despertó la curiosidad de los viajeros” (VALDÉS, 2006: 97). Tan famoso se hizo su nombre que acabó siendo el del volcán Yate, situado al sur del estuario de Reloncaví, en el golfo de Ancud.

Este es un ejemplo mínimo que permite leer *Calafate* como un texto cuidadosamente documentado. Incluso la historia de Pedro Delco, indígena que ayuda a capturar a sus compañeros para ser vendidos como esclavos y que acaba siendo asesinado por su propia familia, aparece con su correspondiente respaldo bibliográfico en la obra de Renato Cárdenas, *Los chono y veliche de Chiloé*. De la misma manera, las actuaciones de las compañías extranjeras y la primacía de sus intereses comerciales ocupan una parte importante en la denuncia que plantea el texto. Una denuncia que se dirige también contra los diferentes gobiernos que han permitido esta explotación, en algunos casos claramente homicida:

La casa de los patrones estaba a luz apagada y no había a quién avisarle que la gente se estaba muriendo allí mismo, entre gritos de dolor y retortijones. (Se han muerto toditos, dijo William Norris en voz baja a Mac Feldt, ¿qué le habían

dado en la comida?) Nada más que un poquitín así de cianuro, don Augusto, desparramado entre la harina y los asados. Bien poquito para que sólo fuera un susto y se fueran sin esperar sus sueldos impagos, capataz (VALDÉS, 2006: 114).

El único superviviente, Millacura, otro de los hijos de Katwol y Alén, testigo que consigue escapar de la masacre, se convierte en voz y memoria privilegiada de la narración. Así, el lector va descubriendo que el hombre que habla con Vidal y le cuenta todas las historias de un pasado que se cierne sobre el futuro, es este indígena, último de su estirpe, solo y sin esperanza. Poco a poco las líneas argumentales confluyen y la historia de los indígenas aparece ligada a la de los emigrantes que abren el libro. Millacura se une a ellos porque en el fondo su destino es el mismo: resistir contra la explotación que los usa y los deshecha. Las mismas razones tiene Felisberto, amigo del anarquista español Antonio Soto Canalejo, quien también se une a la expedición de los chilenos hacia el sur en busca de unas tierras que les permitan sobrevivir ajenos a una persecución política y económica que les es ajena. Así descubrirá el lector que los fragmentos en cursiva forman parte de las clases de Felisberto, creador de una escuela para obreros analfabetos y que en realidad lo que hace es crear en ellos una conciencia histórica.

Alrededor del lago General Cabrera acaba este deambular de los personajes. Será allí donde se instalen felizmente, “un lago enorme que [...] los argentinos y los chilenos que no tenían ni carnet, ni papeles, ni patria segura, trataban de crear un país diferente y exclusivo para ellos” (VALDÉS, 2006: 160). El autor de la novela reivindica así el espacio fronterizo como un lugar de oportunidades para recomenzar una historia viciada por la explotación y la codicia foránea. Un espacio de acogida, de integración, en contra de su naturaleza de línea divisora. Si existe esa división en este final de la novela es una separación con la sociedad oficial, convirtiendo la frontera en un punto de arranque para una historia nueva, una segunda oportunidad para los marginados de la tierra en este rincón del mundo, como esos gringos naufragados en el archipiélago de Guayaneco y que cuando aparece un barco que podría rescatarlos optan por quedarse en un mundo realmente nuevo que les da una oportunidad de recomenzar una historia propia (VALDÉS, 2006: 83). Utilizando las palabras de Abril Trigo (1997: 81), “es un sitio *otro*, donde todos los *otros* se congregan”.

El final de *Calafate* no es un final feliz, como no podría ser de otra manera en una historia tan cercana a la realidad que narra. El poblado será destruido, muchos de los personajes muertos, pero esta vez será la naturaleza la causante de un ciclo siempre repetido, siempre recomenzado. Primero la nieve y después el fuego provocado por unos seres humanos apabullados por una naturaleza desmesurada, incapaces de controlar el arma que usan para dominarla. Tierras

vírgenes, frontera no conquistada, espacio de utopía donde encontrar la libertad para poder seguir luchando, “pura cesura, siempre desplazada, siempre en movimiento, siempre en transición. Y así como la frontera delimita el Ser, la frontera – puro evento puro, intensidad – produce y es producto del devenir del Ser” (TRIGO, 1997: 82).

Enrique Valdés reaviva la literatura de frontera porque consigue poner en contacto dos fronteras diferentes. Por un lado el límite físico con un espacio todavía hoy poco conocido, pero amenazado por las grandes multinacionales que esperan sacar beneficios de unas tierras que no interesan al gobierno chileno. Por otro lado, la división entre los explotadores y los explotados. Las diferencias de clase en un mundo globalizado del que es imposible escapar. La verdadera frontera está en todas partes, es la que separa a los subalternos de los que los explotan. Solo fuera de esas relaciones se puede recuperar la dignidad y la capacidad de lucha para seguir sobreviviendo como único mandato aceptable.

### Referencias bibliográficas

BANDIERI, Susana. *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.

BELLO, Andrés. La Araucana por Don Alonso de Ercilla y Zúñiga. In: \_\_\_\_\_. *Temas de crítica literaria*. Caracas: La Casa de Bello, 1981, p. 349-362.

BEVERLEY, John. *Subalternidad y representación*. Madrid, Iberoamericana, 2004.

BLEST GANA, Joaquín. Causas de la poca originalidad de la literatura chilena. In: SILVA CASTRO, Raúl. *La literatura crítica de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1969, p. 69-79.

DÉLANO, Manuel. Un tribunal chileno suspende temporalmente la construcción de cinco presas en la Patagonia. *El País*. Madrid, 20/06/2011.

DURAND, Luis. La frontera y su interpretación en la literatura chilena. *Atenea*, n. 101, p. 513-532, 1933.

\_\_\_\_\_. *Frontera*. Santiago de Chile: Nascimento, 1951.

FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

GARCÍA, Concha. *Antología de la poesía de la Patagonia*. Málaga: CEDMA, 2006.

GRENIER, Philippe. *Los tiranosaurios en el paraíso. La embestida de las transnacionales en la Patagonia chilena*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.

KLAHN, Norma. *La frontera imaginada, inventada o de la geopolítica de la literatura a la nada*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés, Facultad de Humanidades y Ciencias

de la Educación, 2000.

LUKÁCS, Georg. *La novela histórica*. México: Era, 1966.

MENTON, Seymour. *La nueva novela histórica de América Latina, 1979-1992*. México: FCE, 1993.

MORALES URRRA, Roberto; Tamayo Quilodrán, Marco; Cox, Martín. Pueblos indígenas, recursos naturales y compañías multinacionales: hacia una convivencia responsable. *Avances de Investigación*, n. 40, mayo 2010, p. 1-126. Disponible en: <<http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/publicaciones/avancesinvestigacion/Documents/AI40.pdf>>. Acceso el: 14 de octubre 2011.

OSTRIA GONZÁLEZ, Mauricio. Notas sobre la presencia mapuche en la literatura chilena. In: MÄCHLER TOBAR, Ernesto (coord.). *Autour de l'Indigénisme. Une approche littéraire de l'Amérique Latine*. París: Indigo, 2004, p. 141-154.

PINTO RODRÍGUEZ, Jorge. El bandolerismo en la frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema. In: VILLALOBOS, Sergio; PINTO RODRÍGUEZ, Jorge (comp.). *Araucanía. Temas de historia fronteriza*. Temuco: Ediciones de la Universidad de la Frontera, 1985, p. 101-122.

\_\_\_\_\_. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2003.

SARAMAGO, José. Discurso pronunciado ante la presidenta Michelle Bachelet el 10 de mayo de 2006 en La Casa de América en Madrid. Disponible en: <<http://www.youtube.com/watch?v=5MhPKDU84fc>>. Acceso el: 14 de octubre 2011.

SARMIENTO, Domingo Faustino. *Artículos críticos y literarios. Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1948. v. II.

SEYDEL, Ute. *Narrar historia(s). La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Boullosa*. Vervuert: Iberoamericana, 2007.

SILVA CASTRO, Raúl. *La literatura crítica de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1969.

TRIGO, Abril. Fronteras de la epistemología: epistemologías de la frontera. *Papeles de Montevideo*, n. 1, p. 71-89, junio de 1997.

VALDÉS, Enrique. *Calafate*. Concepción: Ediciones Literatura Americana Reunida, 2006.

VILLALOBOS, Sergio. *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1995.

VIÑAS, David, *Indios, ejército y frontera*. México: Siglo XXI, 1982.

VIVES, Cristián. Historia de la legislación indígena en Chile. In: RICHARD, Nelly (ed.). *Revisar el pasado, criticar el presente, imaginar el futuro*. Santiago de Chile: Universidad Arcis, 2004, p. 116-125.